-Es estraño siendo tan hermosa.

-No por cierto, sois la mas hermosa mujer que lo menos lo que valgo. he conocido.

X habeis visto muchas?

-No pocas.

Pareceis tan jóven....

-Sin embargo, sé apreciar en su justo valor el las sufriria mayores por tener el gusto de hablaros. mérito de una muier.

- Es posible?

convenceré en el momento.

-: De qué modo?

receis

riqueta queriendo mudar la conversacion.

hermosa hermana....

- Habeis viajado mucho? -Muy poco.

- Cuanto tiempo hace que llegasteis à Bruselas? - Caballero

-Ocho dias.

-: Habeis estado antes?

-Otra vez.

-No recuerdo haberos visto nunca.

-Pues yo sí recuerdo haberos visto.

-: En donde?

-En la iglesia, en el paseo, y particularmente en un baile.

- En un baile?

-Sí, en el que dió el ayuntamiento al gobernador general la noche del 18 de Mayo.

-: Estabais en él?

-Llegué, señora, de los primeros, y de los prí-

-Pues no recuerdo haberos visto.

-No reparariais quizás en mf. Duró muy poco la función y estuvsíteis tan ocupada....

-Tan ocupada?

un caballero italiano.

Enriqueta ahogó un triste suspiro, y preguntó con vivacidad:

--- Cómo os llamais?

-Enrique.

-: Enrique de qué? -No llevo apellido.

-- Sois bastardo?

-Un aventurero no debe....

es eso lo que ibais á decir, eñora?

-Hubiera usado otras palabras. -Pero el pensamiento hubiera sido siempre el

mismo. -Quizás sí.

-Voy à responderos. El baron de Hesse vues-tro hermano, alto y poderoso caballero entre los -No me habeis dicho que me despreciais por mas nobles del Brabante, me dió una cita en su pa- amor de Octavio Gonzaga. lacio, acudí á ella, no estaba el baron, y vos, se- Una mortal palidez cubrió el hermoso rostro de

ñora, me habeis recibido en su nombre y por su en--Lisonjero estais, dijo Enriqueta, esforzándose cargo, segun creo: vuestro hermano es quien me presenta, y cuando lo hace sabrá quién soy ó por

> -Disimulad, dijo Enriqueta, humillada por las razones, y mas por la firme mirada del niño.

-Nada tengo que disimular, está espuesto el aventurero á esta especie de humillaciones, y vo

-Caballero....

-Escuchad, señora: un solo móvil he tenido pa--Es cosa probada; y si teneis alguna duda, os ra buscar afanosamente la amistad de yuestro noble hermano, y ese solo móvil sois vos. Desde la primera vez que os ví, sentí inflamarse mi corazon Diciendo que os estimo en lo mucho que me- de diez y seis años: toda mi sangre se agolpó á él, y temí, señora, que estallara. ¡Cuánto he sufrido -Cuínto tarda mi hermano Guillermo, dijo En- en pocos meses! Lejos de vos, os veia en mis sueños, hermosa, radiante; una creacion muy superior -Es tan dulce esperar, señora, al lado de su á las criaturas, un ángel mas bello que los ángeles. Al despertar sentia, señora, una confusion, una pena, que no me es posible esplicar, y ansiaba volver à mi ensueño, para de nuevo contemplaros.

-Dejadme, señora, referir las ilusiones que me estasiaban, las realidades que eran mi continuo tor-

-¿Para qué queréis continuar? dijo Enriqueta conmovida por el sonido de aquella voz y por el fuego que despedian los ojos del aventurero.

-Porque el silencio es una losa sobre el corazon de un amante, repuso Enrique con melancólica solemnidad.

-Es preciso, dijo Enriqueta, que renuncieis á esas quiméricas ilusiones.

—¿Despreciais al aventurero?

-No os desprecio, y voy á probároslo, dándoos una muestra de confianza.

-Hablad, señora.

-: Qué edad teneis?

-He dicho que diez y seis años.

-Y vo, repuso Enriqueta violentándose, como -Sí, por Dios. Larga plática mantuvísteis con toda mujer que va á hacer una confesion poco favorable, he cumplido ya los veinte y cinco. -Lo sabia, señora, lo sabia.

-Una mujer que os lieva nueve años no puede jamás corresponderos.

-El amor iguala las edades y disminuye las dis-

tancias. Os adoro con frenesí, y nada me impidirá que os ame.

-Sois muy jóven para mentir, v dov crédito á -No, Enriqueta de Horn, pero soy un aventu- vuestras palabras; pero haced caso de mi esperiencia. El amor de los primeros años es ardiente, puro, entusiasta, pero se evapora como el humo sin -Estar al lado de una mujer como vos. ¿No dejar señal en pos de sí. Ahogad ese amor que apenas brota, y tomad en pago mi amistad.

- No teneis nada mas que decirme?

-Nada mas.

-Me ofrecisteis franqueza, y no habeis cumplido vuestra palabra.

Enriqueta, se movieron varias veces sus labios como para proferir alguna escusa, pero no encontraba palabras y guardó profundo silencio. El amor de Octavio era un secreto que muchas veces guardaba Enriqueta de sí misma; un secreto que la estremecia muchas veces, y este amor, jamas confia- tro juramento. do, lo sabia Enrique, y hablaba de él sin vacilar y sin embozo. ¿Quién era aquel niño tan osado, tan amor á Gonzaga. entusiasta y tan tranquilo? Momentos antes lo habia dicho: un enamorado aventurero.

-Turbada pareceis, señora, dijo Enrique con lentitud, y como queriendo dominar una emocion viva y profunda, con lo que acabo de deciros. Me parece que Octavio Gonzaga es un cumplido caballero, y que podeis confesar sin rebozo este amor.

- Muy cruel sois para tan tiernos años!

-¡Los celos siempre son crueles! Enrique pronunció estas palabras con una visible dicho que me pertenece mi pasado.

-Os he ofrecido mi amistad, dijo Enriqueta.

-El que ama, señora, puede odiar, mas nunca podrá ser amigo.

- Desechais mi amistad?

-Veamos lo que me ofreceis con esa palabra.

-Todo lo que puede dar una mujer que ama á otro hombre, como habeis dicho.

-Necesito mas esplicaciones. -Os daré cuantas querais, Enrique.

-Ya escucho.

-Tengo nueve años mas que vos, os aconsejaré como una madre.

-Sagrado ministerio queréis; pero una madre es una madre, y me habeis ofrecido una amiga.

-Os querré como quiere una hermana á su hermano; tomaré parte en vuestros placeres, y consolaré vuestras penas.

-¿Os parece poco?

que no es todo lo que indica la palabra amistad.

y no habra entre los dos secretos.

-; Qué habeis dicho?

-Que no habrá entre los dos secretos.

-Reflectionad bien esa frase.

-La he reflecsionado.

diré de él ni una palabra, haced lo mismo con el reposado continente. vuestro; pero de hoy en adelante se confundirán nuestros pensamientos, como se confunden las olas completa armería, siguiendo la moda de la época, al encontrarse en alta mar.

-Se confundirán, amigo mio.

-Nada obrarémos estando juntos sin darnos minuciosa cuenta.

-Nada obrarémos.

-¿Lo jurais, señora?

-Lo juro. -Jurémos por la gloria de nuestras madres.

-Ahora decidme qué ecsijis como recompensa de vuestra amistad.

-Una sola cosa.

-Decidla.

-Temo pronunciarla.

- No somos amigos, Enriqueta?

-Pero....

-Si me obligais á adivinarla, no cumplís vues-

Prometedme, Enrique, no revelar á nadie mi

-¿Lo amais mucho?

-Mucho lo amo.

-Como yo.... -; Qué decis?

-Que prometo no decir á nadie vuestro amor.

-¡Cuán bueno sois, Enrique!

-Sí, muy bueno, pero....

−¿Qué?

-Me persiguen algunos recuerdos, y ya os he

-Guardadlo, Enrique. Sois un niño con un co-

razon de diamante. -Sov un niño con un corazon de diamante; esto es magnifico: y un niño con un corazon de diamante, podrá ser un héroe, ¿es verdad?

-Gracias, Enriqueta. Quiero ser un héroe, y

Al pronunciar estas palabras tuvo que enjugarse una lagrima que bañaba el terso cristal de su pupila: el baron de Hesse se presentó.

CAPÍTULO IV.

GUILLERMO DE HORN.

—Tampoco es eso lo que me ofrecisteis, señora. La entrada del baron de Hesse no desconcertó en lo mas mínimo al aventurero, pero el rostro de la -No sé si es poco; pero tengo la persuasion de hermosa Enriqueta se tiñó de un vivo carmin. Nada tenia que temer sin embargo; Enrique habia em--Mirad, Enrique: recibiré vuestras confianzas, peñado su palabra, y aunque niño, era muy capaz de cumplirla. Guillermo se manifestó muy satisfecho de encontrar al jóven Enrique; saludó á su hermana con una sonrisa y una inclinacion de cabeza; dirijió afectuosísimas palabras al niño, y le invitó á que pasara á su habitacion particular. Al -Bien, señora, admito la oferta, pero quiero despedirse el aventurero dirijió una mirada de inobrar con lealtad. Mi pasado me pertenece y no telijencia a su bella amiga, y siguió al baron con

La antecamara de Guillermo de Horn era una y la camara no ofrecia nada de notable. Sillas de Moscovia de damasco verde, mesas de nogal incrustadas, tapices de Persia, alfombras turcas, cortinas de terciopelo carmesí con franjas de oro, una escribanta de marfil y ébano, algunos pergaminos, pocos libros, lujo en los menores detalles, pero ningun particular objeto que pudiera llamar la atencion.

Enrique lanzó una mirada en derredor y ocupó con franqueza la silla que el baron de Hesse le presentaba. Guillermo se sentó á su lado, y acariciandose la barba, como quien siente terrible embarazo al empezar una conversacion, dijo:

-Nuestras relaciones, caballero, son bien sin-

-Sí, por Dios.

-¿Queréis decirmela?

-Os he presentado como un hombre vivísima- realizarlos. mente interesado en el triunfo de nuestra causa, y como vuestro nombre es un misterio, vuestra proce- interesada en saber a fondo nuestras intenciones, dencia un arcano, y vuestros intentos no presentan para contrariarlas, podria valerse de un medio anámas garantía que una palabra, si trajerais dañada logo al que habeis usado conmigo.

dias precisamente que llegué á este palacio, pre- tras relaciones, y permitid que me retire. gunté por Guillermo de Horn, dije que necesitaba hablarle en secreto, y despues de hacerme esperar un cuarto de hora muy cumplido, me condujeron á esta camara. ¡Recordais, baron, mi saludo?

-Perfectamente lo recuerdo.

-¿Cómo dije?

-"Baron de Hesse, vislumbro una guerra inmediata entre los Estados generales y el rey de España Felipe II, mi ánimo es marcial y quiero tomar parte en ella." ¿Qué me respondísteis?

Os pregunté cómo os llamabais.

-Os dije que Enrique.

-Insisti sobre vuestro nombre de familia.

-Entonces callé. "Será un bastardo," murmu-tante. rasteis, no tan bajo que no llegara á mis oidos.

-Y me respondisteis con altivez: "tengo un pa-

dre tan conocido como el vuestro"

"Jóven sois, me dijisteis entonces, pero me agrada vuestro porte, y os haré alférez en una de mis compañías." ¿Qué os respondí?

—Desechasteis mi proposicion.

- "Baron de Hesse, os dije: soy muy jóven y Juan. no tengo empeño en vestir pronto la coraza ni blandir el cortante acero; no es ese el puesto que reclamo." "Admirado me contemplasteis, y yo añadí solemnemente:" "Quiero ser el alma de esta guerra." Vuestra admiracion creció de punto: me contemplasteis nuevamente y.... ¿Qué me preguntas-
- -Os pregunté: ¿De qué manera pensais ser el ticias hay de Namur? alma de una guerra que mirais prócsima?
- -Conociendo a fondo vuestros planes, previnien- Roberto y el caballero de Bouneville. do los del enemigo, y dándoos saludables consejos,

puse.

-Armaré mil hombres á mi costa, y los mantendré à mis espensas, durante toda la campaña, mur? fué mi respuesta. Esta respuesta os dejó suspenso; mas, prudente y desconfiado, añadísteis:" Haceis una magnifica oferta, pero no es mas que una pa- hombres, para formar la primera compañía del terlabra." "Seguidme," contesté friamente. Una so- cio que debo organizar. la vez me disteis crédito, y con fé ó curiosidad seguisteis mis pasos. En dos respetables casas de comercio hallasteis á mi disposicion doscientos mil florines; suma inmensa, que pocos príncipes podrian aprontar, baron de Hesse. De casa de los comerciantes fuimos á la fábrica de armas de maesse Cornelio Estraten, y alli supisteis que podia disponer de sus armas.

-Es ecsacto cuanto habeis dicho.

-Con tan seguras garantías no creisteis comprometer en nada vuestra persona; y he sido para -Y yo he tomado una responsabilidad inmensa. vuestros amigos un sér misterioso, con deseo de prestarles grandes servicios, y con la posibilidad de

-Si reflecsionais, conoceréis que una persona

-Si abrigais tamaña sospecha, repuso Enrique -Antes de seguir, escuchadme. Hoy hace ocho levantándose, dad por terminadas desde ahora nues-

-Deteneos.

-¿Qué ecsijis de mí, señor baron?

-No veo causa para que acaben tan bruscamente nuestras íntimas relaciones.

-Pues entonces hemos perdido el tiempo en una pueril discusion.

-Sin embargo, no seria pueril si consiguiera...

-¿Qué?

-Saber vuestro apellido.

-Os he dicho que es mi secreto, repuso Enrique con frialdad.

-Vuestra patria al menos.

-Mi patria es Bruselas, á lo menos en este ins-

-¿Nada mas queréis decirme?

-Nada.

-Conciso estais, amigo mio.

-Pero en cambio os preguntaré.

-Ya escucho.

-¿Qué noticias teneis de Namur.

-Ya sabeis las proposiciones que nos hizo D.

-Tambien sabeis nuestra respuesta.

-Respuesta cauta ó cautelosa.

-¿No la aprobais? -No la desapruebo.

-Eso indica...

-Qué me reservo mi opinion. ¿Qué nuevas no-

-Acaban de llegar Mos de Theron, el capitan

-¿Por qué se han venido?

-Porque posesionado el austriaco de una ciu--¿Qué garantías de fidelidad presentais? re- dadela bien fortificada y medianamente guarnecida, era inútil su permanencia en la ciudad.

-: Y los soldados que estaban reuniendo en Na-

-Llegarán mañana á Bruselas.

-Pienso, baron, elejir entre ellos doscientos

-Me parece muy bien pensado. -Tengo magníficos pensamientos.

-¿Y á quién daréis su capitanía? -¿Teneis algun ahijado?

-Nunca faltan.

-Pues se la ofrezco á vuestro ahijado.

-Generoso estais.

-Es el medio de hacer pronto muchos amigos.

-Y de adquirir grande influencia.

-: Habeis visto al señor de Capres?

-Un momento no mas.

- Y qué dice?

-Se propone hablar en la asamblea de los Esta- siguiente. dos generales.

-¿Cuándo?

-Mañana.

-Necesito hallarme en la asamblea.

-No sois diputado, y es imposible.

-Se vencen muchos imposibles.

-Bien; dejemos esta cuestion. Me habeis citado y aun no sé el motivo de vuestra cita.

-Es verdad.

-Me parece justo saberlo. -Sabeis que estoy organizando un tercio de quinientos hombres.

Lo sé.

-He gastado en ellos gruesas sumas.

-Y necesito hacer ahora nuevos desembolsos.

-Es posible.

-En este caso ..

- Por qué os deteneis?

-En este caso ...

-Necesitais quien os preste algunos florines.

-Es verdad.

-Y como sabeis que dispongo de un buen número de ellos, os habeis acordado de mí.

-Es cierto.

--: Cuántos florines necesitais?

-Diez mil.

-¿Y si no os los presto?

-Me encontraré en un muy grave compromiso. -: Cuándo dijisteis que se reunirian los Estados generales?

-Mañana.

-¿A qué hora?

-A las diez.

-Necesito asistir á la sesion.

-Os he dicho que es imposible.

-Se me seguirán grandes perjuicios. -Quisiera poder complaceros.

Enrique se puso de pié, dirijió al baron una mirada nenetrante, y cruzándose de brazos dijo:

-Si á las diez asisto á la sesion, así que aquella se concluya, encontraréis en esta misma camara los diez mil florines.

Saludó Enrique con dignidad, y se alejó tranqui-

CAPITULO V.

LA ASAMBLEA DE LOS ESTADOS.

La disyuntiva del aventurero preocupó mucho al baron de Hesse, pues el tono firme y el reposado su grada; los tres brazos de los Estados generales continente de Enrique le probaban que el jóven se hallan reunidos para oir al caballero Eduardo de cumpliria fielmente su promesa. Necesitando los Bouneville, señor de Capres, su comisionado en ridad de jefe militar de Bruselas, que de nuevo se señor de Capres puede hablar.

habia apropiado, y no sabiendo á quién dirijirse si Enrique se negaba á prestárselos, se entregó á sérias reflecsiones, que no debemos penetrar; y para no pecar de indiscretos, nos trasladarémos al dia

En las casas consistoriales habia un gran salon de columnas, magnificamente decorado y destinado para las sesiones de los señores representantes de las quince provincias reunidas. Pinturas de bastante mérito adornaban su inmensa bóveda, ricos tapices cubrian sus muros, sobre los cuales se veian los retratos de todos los condes del Brabante, y alfombras de Turquia el pavimento de mármol blanco. En el testero se levantaba un gran dosel de terciopelo carmesí, bajo del cual estaba un retrato de cuerpo entero de S. M. Felipe II, cuarto duque-rey de Brabante. La silla del trono estaba vuelta, y dos largas filas de escaños se estendian todo lo largo del salon.

A las nueve y media de la mañana se presentó un hombre de diez lustros, vestido con traje talar, cruzó el salon pausadamente, llegó al trono y se sentó en la primera de sus gradas. Era este hombre el abad de San Gilain.

Momentos despues fueron entrando varios personajes, vestidos de distintos modos, y ocupando distintos asientos, segun el brazo á que cada cual pertenecia. A las diez se hallaban reunidos veinte nobles, diez y seis obispos y abades, y cuarenta y un diputados, de trece de las diez y siete provincias de los Paises Bajos españoles; pues las de Holanda y Zelanda formaban un Estado aparte, y las de Namur y Luxemburgo permanecian fieles al gobernador general, y no tenian por tanto diputados en la asamblea. Entre los nobles se encontraban los señores de Santaldegonde y Capres, el conde de Lalain y otros que conocemos, y de quienes hablarémos mas adelante: entre los obispos y abades, el señor abad de Maroles: y entre los diputados de las provincias Mos de Theron, que acababa de ser nombrado por Amberes.

Muchos nobles echaban menos al baron de Hesse, pero fué larga su inquietud, viéndolo entrar acompañado del jóven Enrique, al mismo tiempo que el señor de Madouleut, embajador de S. M. Cristianísima, penetraba en el gran salon.

Muy pocos conocian a Enrique, aunque todos tenian noticias del misterioso aventurero, y fué recibido con marcadas muestras de interés. El baron de Hesse se acercó al abad de San Gilain, le dijo unas cuantas palabras, que merecieron la aprobacion del presidente, y se marchó luego á su asiento. El senor embajador se dirijió á un sitial, que tenia preparado al efecto, no muy lejos del presidente, y Enrique, cruzando los brazos sobre el pecho, se reclinó contra una columna de jasped.

-Señores, dijo el presidente levantándose de diez mil florines para sostener dignamente la auto- Namur cerca del príncipe D. Juan de Austria: el Ocupó su grada el presidente, y levantándose el guante, apresurémonos á recojerlo votando aho-

comendaron a mi cuidado una mision muy delicada salon: muchos nobles, algunos abades y diputados v de gravísimas consecuencias: esta mision era ha- hablaron despues, inclinandose mas ó menos á la cer de modo que el gobernador general viniera de guerra, y presentando ó disminuyendo los inconvenuevo á Bruselas. Antes de hablarme, D. Juan nientes que podia traer declararla demasiado pronde Austria se apoderó cautelosamente de la for- to. Discursos fogosos y templados, algunas razotaleza de Namur, despues lo he visto varias ve- nes y abundantísimos denuestos se prodigaron, coces, y los Estados conocen ya sus escusas y sus mo sucede siempre que la pasion ó el entusiasmo ecsigencias. En estos bancos están sentados el du- ponen una venda á la razon; y habian trascurrido que de Ariscot, el marqués del Abre y algunos otros, algunas horas sin decidirse por un partido, cuando que han estado en la ciudadela con el príncipe, mien- se levantó Felipe de Marnis y dijo: tras creveron que obraria con lealtad ó prudencia á Señores, a pesar de los varios discursos que los primeros dias de Setiembre nos hallamos mas mos con la lentitud consiguiente á toda reunion nuatrasados que en las últimas horas de Julio. Con- merosa. En este caso considero de interés vital pasiderando que era inútil permanecer mas en Namur, ra la causa de los Estados generales, que nombrev de acuerdo con Mos de Theron, salí antes de mos un jefe encargado de dirijir las operaciones ayer de la ciudad, mandando a los buenos soldados militares, y que sea cabeza del gobierno: en una que en ella teniamos venir á Bruselas, en donde palabra, una especie de gobernador general. Sohan entrado esta mañana. Estos son los hechos, meto esta opinion al juicio de tan respetable asamseñores; réstame hacer algunas breves advertencias. blea. Juan de Escobedo, antíguo secretario del príncipe, está en Madrid, dando prisa á Felipe II para que de su grada, y repuso con voz solemne: envie à Flandes soldados y buenas doblas de Cas- Señores, acaba de hablarnos con el talento con las fuerzas de la nacion.

Bouneville; en la efervescencia de los ánimos todos fuerza con la fuerza; declarémos vacante el cargo deseaban los combates, y solo algunos miembros de gobernador, pero no atentemos á las prerogatidel clero, que veian en peligro la religion de sus vas de S. M. el señor D. Felipe II, ó quitemos de mayores, guardaban solemne silencio, no tomando aquí ese trono y ese retrato que presiden nuestras parte en el entusiasmo general.

Una voz hueca y varonil dominó de repente la No desagradaba a muchos miembros de la asamron, que levantándose dijo:

como un valiente, y no debemos perder el tiempo ojos tenian vista y movimiento sus facciones. Mar-

ra mismo la guerra.

-Los miembros de esta respetable asamblea en- Varios gritos de ¡guerra, guerra! resonaron en el

lo menos; ellos han dicho á los Estados los prepa- en esta ocasión se han pronunciado, y de las mayorativos de guerra que hace el gobernador general. res ó menores simpatías que se han manifestado Con estas noticias, los Estados encargaron a Mos hácia señalados objetos, todos nos hallamos conforde Noylles que se apoderara de la ciudadela de mes en considerar necesaria la guerra, y opinamos Amberes; este valeroso capitan cumple el encargo, los mas por declararla antes que haga sus aprestos se apodera de la persona de Mos de Theron, su go- el austriaco. El señor de Capres ha indicado mubernador, y lo envía abatido y aprisionado: los tu- chas de las disposiciones que conviene tomar, y me descos huyen de la ciudad, retirandose á Breda y hallo perfectamente de acuerdo con las ideas del á Bergas Opzon. Nuevos enviados representan á caballero de Bouneville: no cansaré por tanto á la D. Juan de Austria que son infundados sus temores, asamblea repitiéndole sus palabras; pero si haré una y el príncipe, para fundarlos, acusa paladinamen- observacion que muy del caso considero. Cuando te à nuestros mejores patricios. Repítense las em- reuna D. Juan sus huestes obrará por sí, y esta bajadas: el nuncio de S. S. interviene en las nego- unidad en el poder multiplicará mil y mil veces su ciaciones, se pierde el tiempo lastimosamente, y en accion, dandole ventaja sobre nosotros que obraré-

tilla, el duque de Guisa reune soldados en Messie- que le distingue el señor de Santaldegonde; y sin res a instancia de D. Juan, y Gaspar de Robles ha- disminuir en lo mas leve la fuerza de su racioce lo mismo en algunas provincias flamencas. Si cinio, voy á esponer, con la franqueza que me contemporizamos unos meses, si nos dormimos con- es propia, algunos escrúpulos que me asaltan anfiados en la justicia de nuestra causa, el despertar tes de asociarme á su deseo. Todos nos hallamos sera terrible, y verémos sobre nuestras cabezas los en desacuerdo con D. Juan de Austria, todos reaceros de aquellos soldados españoles, que nos cau- chazamos el ensanche de su poder; ¿pero nos susaron tantos males bajo la conducta del furibundo cede lo mismo respecto á S. M. el rey D. Felipe. duque de Alba. La guerra es precisa, señores; dis- II? Creo que no, señores. Respetamos, como es pongámonos con premura, armemos soldados, bus- justo, sus prerogativas, y le corresponde de derequemos alianzas, y salvemos nuestros privilejios cho nombrar la persona que ha de representarlo en los Paises Bajos españoles. Llevemos, señores, Nutridos aplausos respondieron al discurso de nuestras quejas á los piés del trono; rechacemos la sesiones. Nada mas tengo que decir.

algazara de la asamblea; era la voz de Mos de The- blea el pensamiento de quitar el trono y el retrato; pero el rostro de Felipe II, animado por los pince--Señores, el señor de Capres se ha esplicado les del Ticiano, imponia en el lienzo, porque sus en demostraciones inútiles: el austriaco nos arroja nis procuró rebatir las razones del señor abad de

S. Gilain, el duque de Ariscot las sostuvo, vino tarlo en el primer momento oportuno: Felipe de Mos de Theron à la carga, avudado del señor abad de Maroles; les replicó el señor conde de Lalain. que teniendo la seguridad de no ser electo, creia conveniente conservar la parte no pequeña de autoridad que estaba ejerciendo, y hasta el mismo baron de Hesse se mostró hostil a un pensamiento que podia quitarle el mando militar de Bruselas. Empezó la discusion con calma, las réplicas se fueron haciendo mas vivas, la fuerza del pulmon se juzgó un medio de poner la razon de su parte, y el señor abad de S. Gilain consiguió á duras penas restablecer un tanto el órden. Aprovechando el primer momento de calma, se adelantó Enrique hasta el centro del gran salon, y con voz dulce, pero sonora, dijo:

-Quiero hablar, señores, oidme.

El silencio se hizo profundo: todos clavaron sus miradas en aquel niño tan hermoso, tan incomprensible y tan osado: todos le creian un héroe naciente ó un profeta, y todos deseaban oir su parecer, y gozarse en la dulce armonía que debian tener sus palabras. Enrique no vaciló un momento: apartó con su blanca mano los bucles que su rostro contorneaban, y dijo:

-La guerra es el solo recurso de los pueblos cuando pesa sobre sus frentes el férreo yugo de la opresion: voto, señores, por la guerra. El modo de hacerla con vigor es poner toda la autoridad en un hombre, como hacian los señores del mundo en los duros trances de Roma, sometiéndose á un dictador: voto, pues, por la dictadura. Las palabras de Felipe de Marnis son ecsactas, los escrúpulos del abad de S. Gilain en parte fundados; adopto las palabras y desvaneceré los escrúpulos: para lograrlo, voy á recurrir á nuestra historia. En el año de 1404, y gobernando Juana, viuda del duque Wenceslao, los tres Estados de Brabante nombraron Rubarto á Antonio, hijo del duque de Borgoña. En el año 1420 los pueblos del Brabante tomaron las armas contra su duque, con ocasion de la discordia que ecsistia entre Jacoba y el duque Juan su esposo, y nombraron tambien Rubarto ó Conservador del Brabante al conde de S. Pablo, Felipe el Audaz. Estos nombramientos se hicieron en virtud de los privilegios que el Introito Alegre concede á los pueblos del Brabante. He hecho estas citas para tranquilizar la conciencia del señor abad de S. Gilain. restándome solo añadir, que los Estados generales se hallan en el caso de hacer uso del privilegio nombrando un Rubarto que rija la combatida nave del Estado.

-¡Este jóven, es un profeta! esclamó el abad de S. Gilain, olvidandose de sus escrúpulos.

-;Un Rubarto! gritaron cien voces.

-Nombrad un Rubarto, dijo Enrique, conservando siempre su actitud serena y firme al mismo

El pensamiento era magnífico, pero su ejecucion diffcil. El duque de Ariscot y el baron de Hesse a disipar! pretendian para sí tan importante dignidad; el señor Maroles tenian un candidato in pectore para presen- Orange.

Marnis, Mos de Theron y algunos otros organizaban una hueste decidida y compacta; estaban vacilantes muchos miembros y toda la asamblea en violentísima agitacion.

Se formaban grupos en un lado, se hablaba con calor en otro, en todas partes se discutia, y empleaba la ambicion sus malas artes; pero en tan encontrados estremos, que en vez de allanar el camino amontonaba nuevos obstáculos y producia la cólera y la confusion.

El abad de S. Gilain, de carácter conciliador y de los menos interesados en aquel violento debate, hacia los mayores esfuerzos para restablecer la calma; pero si un instante lo conseguia, empezaba de nuevo el alboroto con mas furor y mas violencia. Ya desesperaba de cumplir su mision, cuando se le ocurrió una buena idea que se apresuró á realizar.

-Señores, dijo levantándose sobre las puntas de los piés, reclamo un instante de atencion en nombre

de Dios y de la patria.

El nombre de Dios en los hombres verdaderamente religiosos, y el de la patria en los que querian encumbrarse á fuerza de buenas palabras, hicieron un esfuerzo mágico, y el señor abad prosizuió, reinando profundo silencio.

-A este jóven, hermoso como un ángel é inspirado como un profeta, debemos la idea que está ocupando nuestra atencion. No es cierto, señores, no es cierto?

-Es cierto, respondieron todos.

-Pues bien, este jóven debe proponer la persona que ha de ser nombrado Rubarto.

-Que la proponga, gritaron muchos.

Esta resolucion no satisfacia las miras de los ambiciosos; pero temiendo malquistarse y nada lograr si se oponian, hicieron de la necesidad virtud y se adhirieron á la propuesta del prelado.

Enrique no habia oido siquiera la proposicion del abad; tan entregado se encontraba á profundas meditaciones. Se fruncian sus cejas de vez en cuando, se comprimian sus labios con frecuencia, y se dilataban sus pupilas. Él solo habia preparado la tormenta que estaba tronando en derredor, y no hacia de ella el menor caso: estaba formado el aventurero de dos distintas naturalezas que predominaban á su vez; la una débil y contemplativa, la otra enérgica y arrojada.

-Caballero, le dijo el abad teniendo que acercarse á él para disipar su sopor, la asamblea quiere que le propongais un Rubarto.

Enrique parpadeó repetidas veces, como quien acaba de dispertarse, y siguió guardando silencio. -: No respondeis? le preguntó el abad.

-Estoy pensando mi respuesta.

Pasaron cinco minutos mas: todas las miradas estaban fijas en los labios de Enrique, como queriendo adivinar el nombre antes que fuera pronunciado. ¡Cuántos temores, cuántas esperanzas iba su voz

-- Ŝeñores, dijo con el mismo aplomo que habia de Capres, el señor de Maducelet, y el abad de conservado hasta entonces, propongo al principe de

-¡El príncipe de Orange! gritaron al punto sus

-¡El príncipe de Orange! repitieron los diputados indiferentes

-El príncipe de Orange, tuvieron que decir esperanza, mi suprema felicidad. tambien sus personales enemigos.

Hecho el nombramiento, se disolvió al punto la vida y estoy obligada á conservarla. asamblea; y cuando llegó el baron de Hesse á su aposento, encontró en un gran talego de cuero los diez mil florines que habia pedido el dia anterior. felicidad.

CAPÍTULO VI.

LA FLOR MARCHITA.

na por importuna lluvia de estío y rota la pompa manecia siempre de rodillas. de jabon que hace el tierno niño en sus juegos: todo lo hermoso y delicado se desgarra, rompe ó marriño ó ilusion.

Apenas habian pasado dos horas de la sesion que butar dos cultos, uno á Dios, otro á su familia. hemos descrito: la fresca brisa de las primeras tardes de Otoño llevaba en sus alas impalpables los ré tambien. perfumes de las camelias, las diamelas y los jazmines; el breve crepúsculo se perdia entre nubecillas atrajo hácia su pecho, la contempló con una ternude colores, y el reloj de San Nicolás daba las seis ra inefable, y prosiguió despues: con su ronca lengua de bronce. Una lámpara, mas brillante que de costumbre, acababa de ser colocada | biado en poco tiempo: yo era feroz y ahora soy huen el salon de maesse Cornelio Estraten; un cande- milde; avaro y ahora generoso; yo no sabia lo que labro de cuatro mecheros alumbraba el gabinete de te amaba, y ahora veo que mi único afecto es tu su hija; María se hallaba reclinada sobre cojines amor. de damasco: á pocos pasos maesse Estraten la con-templaba con dolorosa solicitud.

El rostro de la hermosa jóven tenia el blanco mate de la azucena, sus ojos estaban apagados, sus labios secos y afanosa su entrecortada respiracion: trar á Catalina, añadió con airado acento: Qué parecia un viajero cansado ó una mujer sin espe- buscas aquí, impertinente? ranza. Sus bucles caian en desórden sobre su alabastrino cuello: estaban sus manos cruzadas sobre pide permiso para entrar. el corazon, y algun suspiro se escapaba de sus labios, como el huracan rasgando el seno de densas armero á su hija. é inflamadas nubes.

Maesse Cornelio se enjugó una lágrima con el nutos. dorso de su ancha mano, se acercó á la jóven, y arrodillándose en el suelo, como una nodriza cari- de Catalina, y poco despues entró el hijo del posanosa al lado de la cuna de un niño, dijo con voz dero. dulce:

-María, ¿qué tienes?

no beso en la mejilla de su padre.

- Tú padeces, María, tú padeces?

-Ya os he confesado mi amor.

-Si, María; y ese amor te mata. ¡Mil rayos... -Si; caigan mil rayos sobre el perjuro!

-¿Amar á otra mujer, María, quien poseia tu

una corona de brillantes.

-Y yo pedia al cielo bendiciones para el pér-

-Pedias la muerte para mí.

-Tú no puedes morir, María: eres mi vida, mi

-Yo no puedo morir, padre mio: soy vuestra

-Túno debes padecer, María.

-Tampoco debo padecer, porque sov vuestra

-Y con todo sufres.

-Sí sufro.

-Harémos la guerra al austriaco.

-Callad, padre mio: ya sabeis.... -Sí, ya sé que debo callar.

Hubo un momento de silencio; la jóven se sentó Hemos visto cien y cien veces desgarrada la bri- casi enteramente; su pálido rostro se tiño de un llante púrpura de la sencilla mariposa en las espi- suavísimo sonrosado; brillaron un tanto sus pupilas, nas del rosal, ajado el cáliz perfumado de la azuce- y sus labios se humedecieron: maesse Cornelio per-

-Levantaos, padre mio, levantaos.

-Déjame estar asf, María; me pareces una Sochita, ya sea mariposa, flor ó pompa, ya mujer, ca- ledad y te adoro como á la vírgen. El hombre puede tener sobre la tierra dos religiones y puede tri-

-Sentaos á mi lado, padre mio, ó me arrodilla-

Maesse Cornelio se sentó al lado de su hija, la

-Estoy considerando, María, cuánto he cam-

-Cuánto os amo, murmuró María.

-: Me amas mucho?

-Como á la memoria de mi madre.

-Dios te lo premie, hermosa flor. Y viendo en-

-Señor, respondió Catalina, Guillermo Matren

-¿Lo has mandado llamar, María? preguntó el

-Sí, padre mio, tengo que hablarle algunos mi-

Maesse Cornelio se levantó; salió acompañado

Conservaba Guillermo Matren su aire torpe, su figura ordinaria y su voz no muy apacible; pero en -Nada, padre mio, respondió la jóven sonriyén- cambio se presentaba con la mas obsequiosa humildose y levantando la cabeza hasta estampar un tier- dad. En otro lugar referimos la denuncia ó acusacion que habia entablado el pobre mozo contra su prometida esposa, las esplicaciones que habian mediado y el desprecio que manifestó hácia él María; ahora nos toca narrar el cómo habia vuelto á estar en relaciones con la hija de maesse Estraten.

Desde que conoció Guillermo la falsedad de las sospechas que le habia hecho concebir el señor de -Es una infamía, aunque lleve la otra mujer Santaldegonde, se aumentó su amor á María y procuró acercarse á ella por cuantos medios le inspiraba su imaginacion no muy fecunda: la jóven le despues de su corto viaje á Namur le concedió una pienso en tí... audiencia, y en ella quedaron arregladas estas estrañas condiciones. Primera: Guillermo Matren se no el tiempo que deberia durar la visita. Tercera: el prosiguió: posadero se conformaba á no hablar jamas de su amor, sin prévio permiso de la hermosa. Cuarta: seguira el joven dando cuenta de sus acciones y proyectos, siempre que fuere interrogado. Con tan humillantes condiciones logró Guillermo la inmensa dicha de conversar algunos momentos con la mas hermosa mujer de todas las provincias del Brabante.

Habia transcurrido mas de un mes desde el referido concierto, y era la primera invitacion que habia recibido el posadero; invitacion que consistia en estas precisas palabras. "Guillermo Matren se presentará á las siete en punto, y durante un cuarto riores, dieron un total de diez minutos. María conde hora responderá á las preguntas que le dirijan."

Estar un cuarto de hora junto á la mujer que se adora con frenesí es muy poco seguramente, pero no por eso deja de ser una inmensa felicidad: el jó- to.... pero vo no sé como esplicarme. ven posadero lo comprendia como nosotros, y acudió à la cita con la puntualidad de un niño à quien se ha ofrecido un juguete.

María le vió entrar sin dar muestra de satisfaccion ni de disgusto; le indicó un sitial con la mano, bastante distante de su asiento, y le dijo:

-Dime, Guillermo, ¿en qué te has ocupado desde la última vez que te vf?

-En nada, María; en algo, y en una misma cosa. -Esplicate.

-En nada, porque.... porque no he principe de Orange. hecho nada de provecho; en algo, porque he cazado algunas veces en el gran bosque de Sognien: y en una misma cosa, porque siempre he pensado en tí.

-;Guillermo!

-Como me preguntabas, pensé....

La conversacion habia durado dos minutos; hubo uno de silencio; total tres: cuenta muy fácil de ajustar sin haber aprendido matemáticas: la hija del armero prosiguió:

Qué noticias tienes, Guillermo?

-Muchas noticias. En primer lugar, D. Juan

Mos de Noylles, se ha apoderado de la ciudadela de tida. Amberes.

-Adelante

-En tercer lugar, la reina de Navarra permanece en los baños de Spa, y el austriaco...

-El austriaco todavia permanece en la ciudadela de Namur.

-Adelante.

que toca?

-En cuarto lugar, llegaron ayer á Bruselas el rechazó siempre con un arrogante desden, pero señor de Capres y Mos de Theron; pero como yo

-Basta.

Tres minutos habian invertido en la conversacion; obligaba á no visitar á María sin recibir antes una callaron uno, y reunidos los cuatro á los tres que formal invitacion. Segunda: María fijaria de antema- sumamos antes, nos resultan siete minutos. María

-¿Qué mas noticias tienes, Guillermo?

-Una de gran importancia.

-Sepamos.

-Guillermo de Nassau, príncipe de Orange, ha sido nombrado Rubarto.

-¿Y qué dice el pueblo?

-Se alegra: está preparando iluminaciones; y yo tambien me alegraria si no pensara siempre en ti.

La discusion solo habia durado un minuto; siguiéronse dos de silencio, que reunidos á los siete antetinuó sus preguntas:

-¿Qué mas sabes, Guillermo?

-Sé una noticia, una novedad, un acontecimien-

-Pues esplicate.

-Ha llegado á Bruselas un jóven, menos que un óven, un muchacho, que trae alborotada la ciudad.

-¿Cómo se llama?

-Se llama Enrique.

-¿Y qué hace?

-Meterse en todo, mandarlo todo....

- Mandarlo todo?

-Seguramente. Él ha sido quien concibió la idea de nombrar Rubarto, y quien propuso á Guillermo,

-¿Qué dicen las gentes de ese niño?

-Las mujeres dicen que es un ángel.

- Y los hombres? -Los hombres dicen...pero como yo estoy pen-

-Basta.

-Es que, aunque vo no quiero ...

-Basta

-Pero... -Guillermo, se han cumplido los quince minu-

María tendió el brazo hácia la puerta, y el posade Austria se ha apoderado de la ciudadela de Na- dero obedeciendo, como si cediera á un conjuro, bajó tristemente la cabeza y pasó el umbral suspirando. La jóven lanzó tambien un triste suspiro, y ca--En segundo, nosotros, quiero decir, el capitan yó sobre los almohadones mas melancólica y aba-

CAPÍTULO VII.

MAESSE GENARO.

En la mañana del dia siguiente se encontraba maesse Genaro en su laboratorio químico, muy ocupado -En cuarto lugar..... No es el cuarto lugar el en hervir plantas y en estraer de ellas sustancias mas ó menos nocivas, mas ó menos medicinales. Fué interrumpido en su tarea por tres golpes da-

dos á la puerta de la calle, número que usaban sus ga mal ó bien el proyecto, yo recogeré sendos floadeptos, y asomándose á una ventanilla vió que lla- rines; y tocando á Felipe en el hombro le dijo: maba el señor de Santaldegonde. Apartó el químico del fuego algunas vasijas de azofar, y bajó apresuradamente á recibir al mejor de sus parroquianos. Subieron ambos al laboratorio, y sentándose cada cual en su respectivo sillon, habló el primero maesse

-Muchos dias han trascurrido, caballero Felipe de Marnis, sin que haya tenido el gusto de veros.

-Es decir que han trascurrido muchos dias sin que hayais tenido el placer de contar mis florines.

-Si así queréis interpretarlo, lo mismo da. -Pues ya estoy aquí, maesse Genaro.

-- Necesitais algun veneno? -Conservo la famosa pastilla.

- Decidme en qué puedo serviros? -Tengo que darte una noticia.

-: Muy buena?

-No me parece mala.

-Sepamos.

-Ayer los Estados generales nombraron al príncipe de Orange Rubarto.

-Mejor para el príncipe de Orange.

-Bien para mí.

-Tendréis mas prestigio.

-Y bien para tí.

-En ese caso deberé tener mas dinero.

-Todo lo metalizas, Genaro.

-No soy un Flamel ni un Raimundo Lulio, pero tengo tambien mi especie de arquimia.

-Tendrás oro, Genaro, tendrás oro; pero es preciso que te encargues de un nuevo papel... ó en otros términos, que seas desde ahora para todo el mundo lo que has sido para el pobre Guillermo Matren.

- Debo ser astrólogo?

—Astrólogo.

-¿Y qué horóscopo debo leer? -Uno muy brillante, Genaro.

-Esplicaos.

-En el año de 1404 fué nombrado Rubarto Antonio, hijo del duque de Borgoña, y despues....

-Se quedó duque de Brabante.

-Ecsactamente. En el año de 1420 fué nom- dose del sitial. brado Rubarto el conde de San Paulo....

-Y despues fué duque del Brabante, conocido con el nombre de Felipe el Audaz.

-Ayer fué nombrado Rubarto Guillermo de Nassau, príncipe de Orange, y es preciso que sea muy Te se presenta brillante ocasion de desempeñar tu en breve duque de Brabante.

-Maestro; y os llamo así porque vais á darme gonde. algunas lecciones de astrología judiciarca: esa combinacion presenta gravisimas dificultades.

-Indicamelas.

pe II.

-Ni los que subieron Guillermo de Nassau.

-Teneis razon

Aunque Marniz había rechazado la suposicion del sabio químico, no la consideró infundada, y quedó risueña, y tendiendo la mano al jóven le dijo: sumido de repente en profundas meditaciones: maese Genaro, que conocia perfectamente el papel que mi amistad. le iban a encargar, se sonrivó, como diciendo: Sal-

-Despertad, maestro.

-Tienes razon, maesse Genaro.

-Pues decidme lo que debo hacer.

-Hay muchas personas interesadas en que los negocios de la república tomen tal ó tal giro: todos quieren dominar sin obstáculos, y algunos harán pronto la guerra al Rubarto que nombraron aver. Contra el poder de las facciones opondrá el príncipe su espada, y yo creo prudente oponer otra autoridad no menos grande, el prestigio de los oráculos. Muchas personas te consultan como á médico y hechicero; algunas te buscan como á astrólogo; à todas dirás que ves en el cielo la estrella del principe Orange mas esplendorosa que nunca, y adornada con una corona ducal.

-: Y eso me valdrá?

Felipe de Marnis sacó una gran bolsa, y poniéndola sobre la ancha mesa de mármol dijo:

-Aquí tienes quinientos florines; el resultado, maesse Genaro, puede hacer que centupliques esa cantidad.

-Gracias, maestro.

Otros tres golpes, tan discretos como los que antes diera Felipe, resonaron, y el químico se asomó al momento á su oportuna ventanilla.

-¿Quién llama? preguntó Felipe.

-Un niño de diez y seis años, primorosamente vestido repuso el químico.

-¿Conoces á ese niño?

-No.

-Ese niño es el aventurero.

-No sé lo que queréis decir. -Que ese niño ha hecho nombrar Rubarto al principe de Orange.

-¿Es posible?

-Es seguro.

Tres nuevos golpes resonaron, dados con iguales

-El mancebo se impacienta, dijo maesse Ge-

-Abridle, repuso Felipe de Marnis, levantán-

-¿Queréis ocultaros, Felipe? le preguntó el sábio alquimista.

-Por el contrario, aprovecho esta buena suerte de hablarle, pues deseo estrechar con él amistad. papel, maesse Genaro: añadió despues Santalde-

Bajó el químico inmediatamente, dejando á Felipe en la rotonda, y momentos despues subió acompañado del aventurero. Enrique no iba preparado Los duques destronados no se llamaban Feli- a encontrarse con Felipe de Marnis y le turbó un poco su presencia; pero reponiéndose con rapidez dijo dulcemente:

Buenos dias, caballero Felipe de Marnis.

El señor de Santaldegonde se adelantó con faz

-Es para mí una gran fortuna poder ofreceros

-Gracias, contestó Enrique friamente, y tocan-

do apenas las puntas de los dedos de aquella mano con tanto abandono tendida.

-: Ha llegado hasta vos la fama de este sabio -Sí, repuso el jóven, sentándose frente á Fe- notable seguridad.

giéndose al recien llegado, que se ocupe de mi per- do el solemne tono del jóyen. sona un caballero tan distinguido como vos.

-Os doy las gracias, maesse Genaro: repuso fundo silencio.

Enrique con frialdad.

llan en estado de hacer.

-Me parece que no os he hecho ningun favor, replicó Enrique, con perfecta tranquilidad.

-Caballero, soy uno de los mas íntimos amigos del príncipe Guillermo de Nassau, volvió á obser- dente ó del Mediodía? Has estudiado con los var Santaldegonde.

-Sé que estais unido al noble príncipe por inte-

nombraran Rubarto, y este favor tan importante y

singular al mismo tiempo....

-No merece la mas mínima recompensa. Era preciso nombrar Rubarto; me acordé del príncipe conmovido á su pesar. de Orange, y lo propuse; en todo esto no hay ningun mérito de mi parte, ningun deseo de compla- jamás el hombre.... cerle; fué todo una mera casualidad. Ayer subió al poder, mañana podrá descender como ha subido: y quizá tenga yo la culpa.

A una seña de Felipe de Marnis, se levantó maesse Genaro, y tendiendo su mano hácia oriente como un sacerdote de Zoroastro, dijo con voz hue-

ca y solemne:

-El destino de los mortales empieza, como el sol en Oriente por un ligero resplandor: en unos, se apaga el crepúsculo y pasan la vida entre sombras. suben otros, como el rey del dia, hasta tocar en su cenit: unos descienden, como el astro; otros no abandonan la cúspide, brillan siempre, y entre la eternidad y el espacio jamás desaparece su luz. ¡Hermosa noche! para el sabio presentas un libro en el cielo; son las estrellas brillantes páginas, cada pá- so Enrique con frialdad. gina encierra una historia, cada historia comprende el químico y calló.

-¿Qué habeis visto, maesse Genaro? preguntó poco, y dijo al mancebo: Felipe aparentando una profunda admiracion y no

menos grande sorpresa.

-Ví anoche una luciente estrella correr del Ocaso al Oriente, pararse en conjuncion con Marte, y gunas palabras; maesse Genaro se estremeció, puaparecer luego ceñida de una gran corona ducal: res- so su dedo sobre los labios y siguió bajando la espondió al momento el astrólogo,

- Qué mas vísteis maesse Genaro? volvió á

preguntar Felipe.

de luz, y por medio de caprichosos giros, trazaron cuantro grandes letras.

-¿Y esas letras eran.... preguntó de nuevo

-G. N. D. y B., repuso con sonoro acento el alquimista de la torre.

-¡Esplicadlas, por Dios, esplicadlas! esclamó Felipe de Marnis.

-Su interpretacion es muy sencilla; Guillermo astrólogo? preguntó Marnis al intrépido aventurero. de Nassau, Duque de Brabante, dijo Enrique con

-¿Sois astrólogo? preguntó Felipe de Marnis, -Mucho me honra, dijo el sabio químico diri- procurando ocultar la turbacion que le habia causa-

Enrique se encogió de hombros, y guardó pro-

Maesse Genaro participó tambien de la sorpresa -Yo quiero dárosla á mi vez, observó Felipe de Felipe; pero no queriendo perder el prestigio de Marnis, por un favor que pocos hombres se ha- que podia darle su nueva ciencia, esclamó, poniendo ambas manos sobre la cabeza de Enrique:

-¡Hijo mio! el espíritu de la ciencia te ilumina con su hermosa luz, y nada hay oscuro á tus ojos! Has venido del Septentrion, del Oriente, del Occipersas, antiguos egipcios ó modernos árabes? ¡Has tratado á los sacerdotes de Cibeles, á los oráculos de Delfos, magos de Oriente, bardos y druidas? -Ayer contribuisteis poderosamente á que le ¿Has trasmigrado, como las almas de Pitágoras? Has vivido con Platon, Arquimedes, Aristóteles y Tholomeo? En dónde has bebido la ciencia?

-La ciencia es la ciencia, dijo Enrique algo

-La ciencia enseña altos misterios, que sin ella

-Basta, sabio, no he venido aquí para aprender. El tono firme del mancebo impuso á sus dos com-

pañeros, y levantándose Felipe de Marnis dijo: -Este caballero tendrá tal vez que entablar alguna consulta con maesse Genaro, y no quiero im-

pedirla con mi presencia. -Nada tengo que consultar, repuso Enrique; llegó á mis oidos el nombre de un sabio, y quise

verle; ya está cumplida mi mision.

El aventurero se dispuso á salir, pero deseando Felipe de Marnis entablar amistad con él á toda costa, le preguntó:

- Me permitiréis que os acompañe, jóven y apuesto caballero?

-Sois dueño de hacer lo que os plazca, repu-

Felipe de Marnis salió el primero, en seguida una vida con pasado, presente y porvenir! esclamó maesse Genaro, y el último el jóven Enrique. En un caracol de la escalera el químico se detuvo un

Tenfais que decirme alguna cosa que os habeis

Enrique se inclinó hácia el sabio y murmuró alcalera. Momentos despues se cerraba la puerta de LA TORRE DE LOS TRES CIPRECES, y el señor de Santaldegonde, acompañado del jóven Enrique, se De la estrella se desprendieron cuatro rayos dirijia hacia el palacio del baron de Esse.